

donde le ve mas inclinado, por alli le acomete. Y asi, á los blandos y de suave condicion, les acomete con tentaciones deshonestas y de vanagloria; y á los que tienen condicion áspera, con tentaciones de ira, de soberbia, de indignacion é impaciencia. Lo mismo nota San Gregorio, y trae una buena comparacion. Dice, que asi como uno de los principales avisos de los cazadores es saber á qué linaje de cebo son mas aficionadas las aves que quieren cazar, para armarles con eso; asi el principal cuidado de nuestros adversarios los demonios, es saber á qué género de cosas estamos más aficionados y de qué gustamos mas, para armarnos y entrarnos por ahí. Y asi vemos que acometió y tentó el demonio á Adan por la muger, porque sabia la aficion grande que la tenia; y á Sanson tambien por ahí le acometió y le venció para que declarase el enigma y para que dijese en qué estaba su fortaleza. Anda el demonio como diestro guerrero rodeando y buscando con mucha diligencia la parte mas flaca de nuestra alma, la pasion que reina mas en cada uno, y aquello á que es mas inclinado, para combatirle por allí. Y asi esta ha de ser tambien la prevencion y remedio que nosotros habemos de poner de nuestra parte contra este ardíd del enemigo; reconocer la parte mas flaca de nuestra ánima y mas desamparada de virtud, que es donde la inclinacion natural, ó la pasion, ó costumbre mala nos lleva, y poner ahí mayor cuidado y defensa.

Otro remedio muy conforme á este nos ponen los Santos y maestros de la vida espiritual. Dicen que habemos de tener por regla general, cuando somos combatidos de alguna tentacion, acudir luego á lo contrario de ella, y defendernos con ello. Porque de esa manera curan acá los médicos las enfermedades del cuerpo (1): cuando la

(1) Contraria contrariis curantur,

enfermedad procede de frio, aplican cosas calientes; y cuando de sequedad, cosas húmedas: y de esa manera los humores se reducen á un medio, y se ponen en conveniente proporeion. Pues de esa misma manera habemos nosotros de curar y remediar las enfermedades y tentaciones del alma. Y eso es lo que nos dice nuestro Padre: «Débense preveñir las tentaciones con los contrarios de ellas, como es, cuando uno se entiende ser inclinado á soberbia, ejercitándole en cosas bajas que se piensa le ayudarán para humillarse. Y asi de otras inclinaciones siniestras (1).»

CAPITULO XVIII.

De otros dos remedios muy principales, que son: resistir á los principios y nunca estar ociosos.

Otro remedio muy bueno y general nos dan aqui los Santos; y es, que procuremos resistir á los principios. Dice San Gerónimo: «Cuando el enemigo es pequeño, matadle: ahogadle en su principio, y deshacedle en su raiz antes que crezca, porque despues por ventura no podreis (2).» Es la tentacion como una centella de fuego, que si una vez prende, crece y abrasa (3). Y asi dijo muy bien el otro: «Resiste á los principios: tarde viene el remedio, cuando la llaga es muy vieja (4).» Y mucho mejor nos avisa de esto el Espiritu Santo por el profeta David: «Dichoso el que quebranta tus pequenuelos en la piedra (5).» Y por su hijo Salomon: «Cogedme las pequeñas raposas que destrozan las viñas (6).»

(1) 3 p. Const. cap. 1, § 13; et Reg. 14 Summarii.
 (2) Dum parvus est hostis interfice: nequitia edatur in semine. Hieron.
 (3) A scintilla una augetur ignis. Eccl. XI, 34.
 (4) Principiis obsta: sero medicina paratur, cum mala per longas invaluere moras.
 (5) Beatus qui tenebit, et allidet parvulos tuos ad petram. Ps. CXXXVI, 9.
 (6) Capite nobis vulpes parvulas, quae demoliuntur vineas. Cant. II, 15.

Cuando las raposillas de las tentaciones son pequeñas; cuando comienzan los pensamientos de juicios, de soberbia, de la aficioncilla, de la amistad y de la singularidad, entonces los habeis de quebrantar en la piedra firmisima, que es Cristo, con su ejemplo y consideracion, para que no crezcan y vengan á destruir la viña de vuestra alma. No podemos excusar que no nos vengan tentaciones y pensamientos malos; pero bienaventurado aquel que al principio, cuando comienzan á venir, se sabe sacudir de ellos. Asi declara San Gerónimo (1) este lugar. Importa mucho resistir á los principios, cuando el enemigo es flaco y tiene pocas fuerzas; porque entonces el resistir es fácil, y despues muy dificultoso.

San Crisóstomo declara esto con una comparacion(2). Asi como si á un enfermo le viene el apetito de comer una cosa dañosa, y vence aquel apetito, se libra del daño que le habia de hacer aquella mala comida y sana mas presto de la enfermedad; mas si por tomar aquel poco de gusto, come el manjar dañoso, agravásele la enfermedad y viene á morir de ella ó á tener muy grande pena en la cura, todo lo cual pudiera excusar con tomar un poco de trabajo en refrenar al principio aquel apetito de gula de comer aquel manjar dañoso; asi, dice, si cuando al hombre le viene el mal pensamiento y el deseo de mirar, se vence en esto al principio, refrenando la vista y desechando luego el mal pensamiento, librase de la molestia y pena de la tentacion que de allí se le habia de levantar, y del daño en que consintiendo podria caer: pero, si no se vence y refrena al principio, por aquel pequeño descuido y por aquel poquito de gusto que recibió mirando, ó pensando, viene despues á morir en el alma,

(1) Hieron. epist. ad Eustochium.
 (2) Chrys. contra concubenarios.
 B. del G., tomo XIV.—1.—EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS.—T. I.

ó á lo menos, á tener gran trabajo y pena resistiendo. De manera, que lo que al principio le costara poco y casi nada, le viene despues á costar mucho. Y asi concluye el Santo, que importa grandemente resistir á los principios.

En las vidas de los Padres (1) se cuenta que el demonio se le apareció una vez al abad Pacomio en figura de una muger muy hermosa, y riñéndole el Santo porque usaba de tanta malicia para engañar á los hombres, le dijo el demonio: «si comenzais á dar alguna entrada á nuestras tentaciones, luego os ponemos mayores incentivos para provocaros mas á pecar; empero si vemos que al principio resistís y no dais entrada á las imaginaciones y pensamientos que os traemos, como humo desfallecemos.»

Tambien es gran remedio contra las tentaciones, nunca estar ociosos. Y asi dice San Casiano, que aquellos PP. de Egipto tenían esto por primer principio, y lo guardaban como tradicion antigua, recibida de sus mayores, y lo encomendaban mucho á sus discipulos por singular remedio: «Hálete siempre el demonio ocupado (2).» Y asi se lo enseñó Dios á San Antonio, y le dió este medio para poder perseverar en la soledad y defenderse de las tentaciones, y lo trae San Agustin. Dice que San Antonio no podia siempre estar en oracion, con ser San Antonio, y era combatido y fatigado algunas veces de diversos pensamientos, y pidió á Dios: «Señor, ¿qué haré? que querría ser bueno y mis pensamientos no me dejan.» Y oyó una voz que le dijo: «Antonio, si deseas agradar á Dios, ora; y cuando no pudieres orar, trabaja; procura siempre estar ocupado en algo, y hacer lo que es de tu parte, y no te faltará el favor

(1) In vitis Patrum part. I., pag. 913.
 (2) Semper te diabolus occupatum inveniat.

del Señor (1). Otros dicen que le apareció un ángel en figura de un mancebo que cavaba un poco, y otro poco estaba puesto de rodillas en oracion, las manos puestas y levantadas, que era decirle lo mismo. La ociosidad es raiz y origen de muchas tentaciones, de muchos males; así nos importa mucho que nunca el demonio nos halle ociosos, sino siempre ocupados.

CAPITULO XIX.

De las tentaciones que vienen con apariencia de bien, y que es gran remedio contra todas las tentaciones el conocerlas y tenerlas por tales.

San Buenaventura avisa (2) otra cosa comun, pero muy necesaria; y es, que este-mos advertidos que á los buenos, que tratan de virtud y de perfeccion, procura el demonio acometerles siempre con apariencia de bien, transfigurándose en ángel de luz. Los venenos y ponzoña, dice San Gerónimo, no se dan sino cubiertos con azúcar ó con otra cosa gustosa, para que no se sientan, y el cazador esconde el lazo con el cebo. Así lo hace el demonio (3); porque si claramente y al descubierto acometiese con lo malo, los que aman la virtud y desean servir á Dios, huirian de ello y no haria nada con ellos. Y así, dice San Bernardo: «El bueno y virtuoso, nunca es engañado, sino con apariencia de bien (4).» Es el demonio muy astuto y sabe muy bien por dónde ha de entrar á cada uno: y así, para mejor conseguir su intento, entra muy di-

(1) Antoni, si cupis Deo placere, ora; et dum orare non poteris, manibus labora; et semper aliquid facito: fac quod in te est, et non deficiet tibi auxilium de Sancto. Aug. serm. 7, ad Fratres in Eremo.
(2) Bonav. process. 4 Relig., cap. 12.
(3) In via hac, qua ambulabam, absconderunt laqueum mihi. Ps. CXLI, 4.
(4) Bonus, nunquam nisi boni simulatione deceptus est. Bern. serm. 66 in Cantica.

simulado. Lo primero, dice San Buenaventura, propone cosas de suyo buenas; luego las mezcla con malas; despues ofrece falsos bienes y verdaderos males; y cuando tiene ya á uno en el lazo, que con dificultad puede salir de él, entonces muestra claramente su ponzoña, y le hace caer en pecados manifiestos. Es como el escorpion, que tiene una cara halagueña, y en la cola tiene el veneno con que mata. Cuántos, dice San Buenaventura, han trabado conversacion y amistad con algunas personas so color de espíritu, pareciéndoles que todo aquel trato era de Dios y espiritual y que aprovechaban sus almas con aquello! y por ventura al principio era así; pero este es el ardid del demonio, que vamos ahora descubriendo. Bien sabemos sus celadas, sus entradas y salidas (1); por ahí comienza él, primero por cosas buenas; pero luego se siguen de ahí largas pláticas y conversaciones; y unas veces son de Dios, otras del mucho amor que se tienen; luego se sigue de ahí el darse algunas cosillas y donecillos en señal de amor y para que se acuerde el uno del otro; las cuales cosas, como dice San Gerónimo (2), son señal clara de amor no santo. Va ya mezclando el demonio males con bienes, y de ahí se siguen falsos bienes y verdaderos males. De esta manera engaña el demonio á muchos en este y en otros muchos vicios, cubriéndolos con velo de virtud para que no se entienda ni conozca lo que son: Como el que se finge ser amigo de otro, para tener entrada con él, y despues matarle á traicion, como hizo Joab con Amasá (3) y Judas con Cristo nuestro Redentor, entregándole y vendien-

(1) Non enim ignoramus cogitationes ejus. II. ad Cor. II, 11.
(2) Sanctus amor non habet. Hieron. Epist. II. ad Nepotianum. tom. 1.
(3) II. Reg. XX, 9.

dole con beso de paz (4). Y así es menester que nos guardemos mucho de estas tentaciones que vienen con apariencia de bien, y que estemos muy sobre aviso, porque son tanto mas peligrosas cuanto son menos conocidas. Por lo qual pedia el Profeta al Señor que le librase del demonio de medio día (2). Aun no se contenta el demonio con transfigurarse en ángel de luz, como dice San Pablo (3), sino que se transfigura en luz de medio día, haciendo que parezca muy claro y resplandeciente lo que es oscuridad y tinieblas; y haciendo entender que no hay que dudar, ni peligro ninguno, sino que es claramente bueno lo que es ciertamente malo y de suyo muy peligroso. Hay algunos ladrones, los cuales andan tan vestidos de seda, que no hay quien los cohozea; ni piense pueda haber tal maldad en hombres que parecen tan honrados; hasta que los topan con el hurto en las manos. Entonces se espantan como aquellos eran ladrones; y dicen: ¿quién pensara tal? Así es la tentacion que viene con apariencia de bien.

Doctrina es común de los Santos y maestros de la vida espiritual, que es gran remedio contra todas las tentaciones conocer que es tentacion aquella que me combate, como lo es conocer á uno por enemigo para guardarse de él. Y por eso tambien deciamos arriba (4), que el propio conocimiento es un medio eficazísimo para vencer todas las tentaciones. Y veráse bien la fuerza de este medio por aqui: si cuando viene la tentacion y el movimiento y apetito malo, viédeses delante de vos un demonio horrible y espantoso que os está persuadiendo aquello; ¿qué haría-

(1) Luc. XXII, 48.
(2) Ab incursu, et daemónio meridiano. Ps. XC.
(3) Bernard. serm. 33, sup. Cantica.
(4) II. ad Cor. XI, 14.
(5) I. Pet. I, 9, 11.

des? Luego os santiguaríades é invocaría-des el Nombre de Jesus; no seria menester más de ver que el demonio es el que os persuade á ello, para entender que es engaño y tentacion y huir de ello. Pues esto pasa al pié de la letra en nuestras tentaciones. Así como tenemos cada uno su ángel custodio, conforme á aquellas palabras de Cristo: «Mirad no desprecieis uno de estos pequeñitos; porque os digo de verdad que sus ángeles siempre ven el rostro de mi Padre que está en los cielos (1).» Sobre las cuales palabras dice San Gerónimo (2): «Grande es la dignidad de las almas, y en mucho las estima Dios; pues en naciendo el hombre, luego le diputa y señala un ángel que le guarde y tenga cuidado de él (3); así como un padre principal da á un hijo muy querido un ayo que le guarde en lo corporal y le enseñe en las costumbres; así Dios nos quiso y estimó en tanto que dió á cada uno un ángel por ayo. Pues volviendo á nuestro punto, tambien traemos contra nosotros cada uno un demonio, que atiende y se ocupa en sollicitarnos á lo malo, y causar en nosotros malos pensamientos y peores movimientos, y está siempre aguardando la ocasion y coyuntura para eso, porque nunca duerme, y está mirando nuestra inclinacion y lo que nos dá mas gusto, para acometernos y entrar por allí, tomando por medio nuestra carne y sensualidad para hacernos mal. Y así dijo Dios al demonio: «¿No has consi-

(1) Videte ne contemnatis unum ex his pusillis; dico enim vobis quia angeli eorum in caelis semper vident faciem Patris mei, qui in caelis est. Matth. XVIII, 10.
(2) Magna dignitas animarum; ut unaquaque, habeat ab ortu nativitatis, in custodiam sui angelum deputatum. Hieron. sup. Matth.
(3) Ita sancti et doctores gravissimi, quos referunt P. Joan. Maldon, sup. locum et a un. Matth. et P. Gabriel Yazgu a super p. I. S. Thom. tom. 2 disputat. 248, cap. 2.

derado á mi siervo Job (1)?” como á quien andaba trás él. De manera, que siempre anda el demonio á nuestro lado (2). Y asi, cuando os viniere algun movimiento ó algun pensamiento que os incite á hacer algun pecado ó alguna imperfeccion, entended que esa es tentacion del demonio, y santiguaos, y guardaos como si viédeses al mismo demonio que os está diciendo que hagais aquello.

San Gregorio (3) trae un ejemplo que le aconteció al bienaventurado San Benito con un monge suyo, con que se declara bien esto. Dice que un monge era muy tentado de la vocacion; parecia que no podia llevar el rigor de la Religion, y queriase volver al mundo: acudia muchas veces con esta tentacion á San Benito; el Santo deciale que era tentacion del demonio y aconsejábale lo que le convenia. Y como hiciese esto muchas veces; y no aprovechase para que el novicio dejase de hacer instancia para irse; el Santo, cansado é importunado, dijo que se fuese en buenhora, y mándale dar sus vestidos. Pero al fin, como Padre, no pudo dejar de sentirlo y púsose en oracion por él; y en saliendo el monge por las puertas del monasterio para irse al mundo, ve venir contra sí un grande dragon que abierta la boca le queria tragar. Él temblando y palpitando, comienza á dar grandes voces: «Socorredme, socorredme, hermanos, porque este dragon me quiere tragar (4).» Acudieron los monges á las voces, y no vieron el dragon; pero hallaron al monge temblando y casi ya agonizando: tráenle al monasterio, y en viéndose dentro, hizo voto de nunca mas salir de él. Y asi lo cumplió, y no fué de

(1) Numquid considerasti servum meum Job? Job. II, 3.
(2) Et diabolus stet a dextris ejus. Psalm. CVIII, 6.
(3) Greg. lib 2 Dial., cap. 25.
(4) Succurrite, fratres; succurrite, fratres. Ib.

ahí adelante molestado de aquella tentacion. Nota alli San Gregorio, que por las oraciones del bienaventurado San Benito vió al dragon que le queria tragar, al cual antes no veía, y asi le seguia, porque no le tenia por dragon ni por demonio; pero cuando le vió y conoció, comenzó á dar voces y á pedir socorro para librarse de él. De manera, que no es esta imaginacion ni consideracion inventada de nuestra cabeza, sino que pasa asi en realidad de verdad, que el demonio es el que nos acomete con la tentacion. Y asi nos lo avisa tambien el Apóstol San Pedro como buen Pastor, y nos lo trae cada dia á la memoria nuestra Madre la Iglesia como cosa de mucha importancia. «Hermanos míos, estad siempre á punto y sobre aviso, porque vuestro adversario el demonio anda como un leon bramando, buscando y rodeando á ver si halla á quien tragar. Resistidle varonilmente y no os dejéis llevar de sus engaños y persuasiones (1).»

CAPITULO XX.

Cómo nos habemos de haber en las tentaciones de pensamientos malos y feos, y de los remedios contra ellas.

Acerca de esto se ha de advertir: lo primero, que hay algunos que se entristecen y afligen mucho cuando se ven combatidos de pensamientos malos, de blasfemias, ó contra la fé, ó con pensamientos torpes y deshonestos; tanto, que algunas veces les parece que el Señor los ha desamparado y olvidado, y que deben de estar en su desgracia, pues tales cosas pasan por ellos. Este es un engaño grande.

(1) Fratres, sobrii estote, et vigilate: quia adversarius vester diabolus, tanquam leo rugiens circuit, quaerens quem devoret: cui resistite fortes in fide. I. Petri., V, 8.

Cuenta Gerson (1) de un monge que hacia vida solitaria en el Yermo, que era muy tentado y afligido de pensamientos de blasfemias y de otros muy feos y torpes, y habia veinte años que padecia esta tentacion, y no se atrevia á descubrirla á nadie, pareciéndole ser aquella una cosa nunca oida, ni vista, y que se escandalizaria el que la oyese. Finalmente, al cabo de veinte años, fué á un Padre muy antiguo y experimentado, y aún no se atrevió á decirselo de palabra, sino escribelo en un papel, y dáselo: el viejo leyó su papel, y comenzó á reir, y dice al monge: «Pon tu mano sobre mi cabeza.» Y como la pusiese, dijo el viejo: «yo tomo todo este tu pecado sobre mí, no hagas mas conciencia de él de aqui adelante.» El monge quedó espantado. «Pues ¿cómo? parecíame á mí que estaba ya en el infierno, y dicesme que no haga caso de ello?» Dicele el viejo: «¿recibias tú por ventura contento en esos pensamientos malos y torpes?» «¡Jesus! dice, no, sino muy grande pena y tormento.» «Pues de esa manera, dice el santo viejo, claro está que no hacias tú eso, sino padeciaslo contra tu voluntad, procurándolo el demonio para traerte con eso á desesperacion. Y asi, toma, hijo mio, mi consejo, y si de aqui adelante te tornaren á venir esos pensamientos malos, di: sobre ti sea esa blasfemia, espíritu maligno, y ese pensamiento sucio: yo no quiero tener parte en eso, sino que creo y tengo todo lo que tiene y cree la Santa Madre Iglesia, y daré la vida antes que ofender á mi Dios.» Con esto quedó remediado el monge, y de alli adelante nunca mas le vino aquella tentacion. Y nótese aqui de camino, para los que por la dificultad que sienten dejan de manifestar sus tentaciones, cómo es mayor pena y tormento el no

(1) Gerson., p. III, fol. 71.

declararse uno que el declararse, como diremos en su lugar (1). Veinte años estuvo este monge en grande afliccion y tormento por no manifestar su tentacion, y en manifestándola, quedó quieto y sosegado. ¡Cuánto trabajo hubiera ahorrado, si lo que hizo al cabo de veinte años, lo hiciera al principio! De manera, que no es nueva esta tentacion, ni nos habemos de espantar de ella.

Resta decir cómo nos habemos de haber en semejantes tentaciones de pensamientos malos y feos. Algunos no se saben valer en ellas, porque hacen mucha fuerza y ponen mucho ahinco para desechar y resistir á estos pensamientos, apretando las sienes, arrugando la frente, meneando la cabeza, cerrando los ojos, como quien dice, «no habeis de entrar acá.» Y algunas veces, si no hablan y responden «no quiero,» les parece que consienten. Mayor es el daño que se hace uno con esto á sí mismo que el que le hace la tentacion. Estaba el otro criado del rey Saul dando voces de cerca, y reprendia al que las daba de lejos, porque despertaba é inquietaba al rey (2). Estais-os vos inquietando y turbando á vos mismo de cerca, ¿y quejais-os de la tentacion que viene de fuera? Adviértase mucho esto, porque es una cosa que suele destruir mucho las cabezas, especialmente á gente escrupulosa. No es la oracion, ni los ejercicios espirituales, lo que les tiene cascadas y quebradas las cabezas y gastada la salud; sino sus escrúpulos é indiscreciones. Y eso es lo que pretende el demonio, que bien sabe él que estais muy lejos de consentir. Y no es pequeña, sino grande ganancia para él cuando esto saca. No es negocio este que se ha de hacer á cabezadas.

(1) Trat. 7, p. 3, c. 6.
(2) Quis es tu, qui clamatis, et inquietas regem? I. Reg. XXVI, 14.

Pues ¿cómo se han de resistir y des-
 echar estas tentaciones? Dicen los Santos y
 maestros de la vida espiritual, que el modo
 de resistir no ha de ser pelear por des-
 echarlas, fatigándose y cansándose, y ha-
 ciendo fuerza con la imaginacion, sino no
 haciendo caso de ellas. Declaran esto con
 algunas comparaciones que, aunque bajas,
 lo declaran bien. Asi como cuando salen
 algunos gozquejos á ladrar á uno, si no
 hace caso de ellos, luego se van; y si hace
 caso, y vuelve a ellos, vuelven á ladrar: asi
 acontece en estos pensamientos. Y asi, el
 remedio es no hacer caso de ellos, y de
 esa manera nos dejarán mas presto. O ha-
 bemos de hacer, dicen, como el que va por
 alguna calle, y el aire trae contra él mu-
 chedumbre de polvo, y él no hace caso de
 esto, sino cierra los ojos, y pasa adelante.
 Y para mayor consuelo de los que son mo-
 lestandos de esta tentacion, y para que se
 acaben de persuadir á usar de este reme-
 dio, advierten los Santos que, por muy
 malos que sean los pensamientos, no hay
 que hacer caso de ellos; antes, mientras mas
 malos son, menos caso habemos de hacer
 de ellos, por ser menos peligrosos. ¿Pue-
 den ser peores que contra Dios y sus San-
 tos, contra la fé y Religion? Pues esos son
 los menos peligrosos; porque cuanto pe-
 ores, tanto, por la gracia del Señor, están
 mas lejos de vuestra voluntad y consenti-
 miento. Y asi no hay que tener pena de
 que os vengan, porque eso no es culpa
 ninguna, ni está en vuestra mano, ni sois
 vos el que haceis eso; sino padeceislo con-
 tra vuestra voluntad, procurándolo el de-
 monio para hacer os desmayar y caer en
 desesperacion ó en una tristeza y afliccion
 grande.

Cuéntase de Santa Catalina de Sena
 que, estando una vez muy fatigada y afli-
 gida de estos pensamientos, se le apareció
 Cristo nuestro Redentor, y desaparecieron

luego todos aquellos nublados. Ella quejó-
 se dulcemente á su Esposo: «¡Ay! Señor
 ¿y dónde estábades vos cuando tales cosas
 pasaban por mi corazón? Dicese: «hija,
 ahí estaba yo dentro de tu corazón.» «¡Je-
 sus mio! ¿entre pensamientos tan tórpes y
 malos estábades vos? Dicese: «dime, hija,
 ¿holgábase tú por ventura de tener aque-
 llos pensamientos? Oh, Señor, que me
 llegaba al alma, y no sé que me escogiera
 antes que tenerlos!» «Pues ¿quién, dice,
 hacia que te pesase, sino yo que estaba
 allí?» De manera, que por malos y feos
 pensamientos que tengais, si vos no os
 holgais con ellos, antes recibís pena y pe-
 sar, no solo no os ha desamparado Dios,
 sino podeis tomar esta señal de que mora
 en vos, porque él es el que os dá ese abor-
 recimiento del pecado y ese temor de per-
 der á Dios. «Con el esty en la tribula-
 cion,» dice el Señor (1). En medio de la
 zarza y de las espiñas y del fuego está
 Dios (2).

Dice San Bernardo: «Penosa y molesta
 es esta pelea, pero fructuosa, porque todo
 lo que se le añade de pena y de trabajo, se
 le acrecienta de premio y de corona. No
 está el pecado en el sentimiento, sino en
 el consentimiento (3).» Blosio, en confir-
 macion de esto dice: «Cualquiera que gusta
 de complacerse á si mismo, aunque sea
 una sola vez, parece mas mal en los ojos
 de Dios, que si muchos años padebiese se-
 mejantes movimientos, por muy malos que
 sean, como no les dé consentimiento (4).» Y
 asi, no hay que acongojarse, ni hacer mucho
 caso de estos sentimientos y pensamientos;

(1) Cum ipso sum in tribulatione. Ps. XC, 13.
 (2) Exod. III, 2.
 (3) Molesta est lucta, sed fructuosa; quia si habet
 poenam, habet et coronam; non nocet sensus, ubi
 non est consensus; imo quod resistantem fatigat,
 vincit eam coronat. Bernard, de interiori domo,
 cap. 19.
 (4) Ludov. Blos. in speculo spirit. cap. 9.

sino como si pasasen por otro, y no por
 vos, asi os habeis de haber en ellos, y muy
 bien podeis hacer cuenta que pasan fuera
 de vos, dice un Santo, porque en tanto los
 pensamientos malos están dentro de vos,
 en cuanto la voluntad consiente, y no mas;
 y no consintiendo, aun no han entrado en
 vuestra casa, sino llaman y dan golpes á
 la puerta de fuera.

Y advierten aqui los maestros de la
 vida espiritual, que el temer mucho estas
 cosas, y hacer mucho caso de ellas, no solo
 no es bueno, sino malo y dañoso; porque
 hace crecer la tentacion; y esta es espe-
 riencia, y la razon de ello es natural, y los
 mismos filósofos la enseñan; porque el mie-
 do despierta la imaginacion, y el pensar y
 dar y tomar mucho en una cosa hace que
 se imprima mas profundamente en la me-
 moria, con lo cual crece y se aviva mas la
 tentacion. Asi como vemos que pasa uno
 seguramente por un madero angosto quan-
 do está en el suelo; pero cuando el madero
 está en alto, el temor le hace que no vaya
 por allí seguro, sino con grande peligro de
 caer; porque con el temor recógese la san-
 gre al corazón, y como quedan los miem-
 bros destituidos de virtud, va con gran pe-
 ligro y viene á caer. Eso hace tambien el
 temor y pusilanimidad en las tentaciones,
 y asi conviene no andar con demasiados te-
 mores en estas cosas, ni hacer mucho caso
 de ellas, porque asi se suelen olvidar mas
 presto. Pero nota aquí Gerson y otros, que
 aunque no es bueno entonces este temor
 particular, pero que es bueno y muy pro-
 vechoso el temor del pecado en general,
 pidiendo á Dios: «Señor, no permitais que
 jamás me aparte de vos (1);» y haciendo
 algunos actos de antes morir mil muer-
 tes que hacer un pecado mortal, sin pensar

ni acordarse en particular de aquella tenta-
 cion que entonces le combate.

Añado á lo dicho otro punto, que enco-
 mientan aquí mucho los Santos, y servirá
 de medio general contra todo género de
 tentaciones interiores; y es, cuando nos
 viene el pensamiento malo, procurar diver-
 tir el entendimiento á algun pensamiento
 ó consideracion buena, como de la muerte
 de Cristo, ó á otra cosa semejante. Y esto
 no ha de ser haciendo fuerza con la imagi-
 nacion, ni congojándose y fatigándose, sino
 solo procurando hurtar el cuerpo, como di-
 cen, al mal pensamiento y emplearlo en el
 bueno; como cuando uno anda por hablar
 á otro, y el otro nunca se desocupa para
 ello, ni le dá lugar; ó como cuando le dicen
 á un hombre cuerdo algunas cosas imperti-
 nentes, y vuelve la cabeza á otra parte, no
 curando de responder ni atender aquello. Este
 es muy buen modo de resistir á estas ten-
 taciones, y muy fácil y seguro; porque mien-
 tras estuviéremos en el pensamiento bueno,
 muy lejos estaremos de consentir en el
 malo. Para esto ayudará mucho el cavar y
 ahondar uno en la oracion en algunas cosas
 que le suelen mover mas, haciéndoselas
 muy familiares; porque con esto, cuando
 es fatigado y molestado de algunas tenta-
 ciones y malos pensamientos, luego halla
 allí guarida. Y asi, que cada uno tenga
 para esto algunos lugares de refugio donde
 se pueda acojer en semejantes aprietos,
 como quien se acoje á sagrado. Unos se
 acojen á las Llagas de Cristo, especialmen-
 te á la del Costado, y se hallan allí muy
 bien guarecidos (1). Otros se hallan bien
 acordándose de la muerte y del juicio ó in-
 fierno (2). Cada uno eche mano de lo que

(1) In foraminibus petrae, in caverna maceriae.
 Cant. II, 14.
 (2) Quis mihi hoc tribuat, ut in inferno protegas
 me, et abscondas me, donec pertranseat furor tuus?
 Job. XIV, 13.

(1) Ne permittas me separari a te.